

DESPEDIDA

De vuelta en taxi hacia su apartamento en Molins de Rei, una apacible y coqueta zona residencial situada a las afueras de Barcelona, Gabriel reflexionó acerca de lo ocurrido durante esas últimas horas, y a cada minuto que pasaba, aquella historia le parecía cada vez más irreal: modificación de conducta, psicópata asesino, FBI... Eso sin mencionar el inexplicable comportamiento de los hombre de negro; pese a la velada amenaza de Bob, en torno a sus devaneos con la ORI, le resultó sospechosamente fácil la forma en que le habían dejado marchar. Él habría esperado alguna clase de amenaza: secuestrar a su madre, romperle las piernas, o al menos, una mísera abrazadera-bomba sujeta al tobillo. Se sintió un poco decepcionado. Demasiado sencillo... pero tal vez estuviera excesivamente sensibilizado por el cine americano.

En cuanto atravesó la puerta de casa, le sobrevino un repentino ataque de incontinencia, de hecho, había elaborado una hipótesis bastante juiciosa acerca de si ese fenómeno estaría provocado por el frío contacto con el pomo de la puerta. El caso es que necesitó ir al servicio con urgencia, pero en un acto de autocontrol encomiable se detuvo: antes tenía que poner al corriente a Marisa, le quedaba poco tiempo, luego atendería sus necesidades fisiológicas.

Nuevo error. Esa decisión le supondría un doloroso e innecesario castigo.

-¿Marisa?, necesito verte urgentemente. Se trata de un asunto extremadamente delicado para hablarlo por teléfono. No tengo demasiado tiempo. Vendrán a recogerme en unas horas.

Marisa, ajena a la urgencia orgánica de Gabriel, lo interrogó de forma despiadada unos diez minutos más, en realidad, como hubiese hecho cualquier otra mujer cuando tiene la ocasión de hablar por teléfono. Las conversaciones entre ellas tenían siempre una duración mínima garantizada, cualquier otra cosa se habría interpretado como una "llamada perdida". Barceló, al borde de la enuresis, se preguntó, después de todo, si quedaba alguna cosa más por explicar, circunstancia que ponía de manifiesto, nuevamente, su desconocimiento de las mujeres en general, y el de Marisa en particular.

En cuanto colgó el aparato, corrió al lavabo a trompicones, con la próstata severamente dañada. Tras su minuto de gloria, se resignó ante la constatación de un hecho que ya venía siendo habitual: no había papel. Le hubiese gustado compartir piso con alguien solo por el placer de darle la bronca al otro, pero en su caso, el "otro" era la "otra", y, en fin, mejor dejarlo como estaba. Se prometió que a la vuelta, escribiría sobre la tapadera: "Asegúrese de que todo está en regla antes de comenzar".

Se duchó con agua fría, como siempre, y al salir, pisó el charco que se formaba indefectiblemente en el suelo del lavabo. Siempre olvidaba cerrar la mampara y usaba los calzoncillos a modo de esterilla, pese a lo obvio de su insuficiencia. Se afeitó y se cortó el labio superior, y rabió al aplicarse el *after shave*. Volvió al dormitorio, dejando todo el suelo de la casa chorreando. Abrió el armario y escogió el conjunto de pantalón tejano desgastado y la chaqueta de pana vieja, que tan buenos recuerdos le traían. Le estresaba tener que decidir qué se ponía. Uno de los problemas de ser daltónico tritanómalo, como era su caso, es que no acertabas nunca con la combinación de colores. Fue el sencillo e ingenioso toque femenino de Marisa, el que le llevó a etiquetar toda la ropa indicando su color, cosa que le hacía ganar unos minutos y no tener que parecer en ocasiones el payaso de "Micolor". Cuando acabó de vestirse, metió el cepillo de dientes, la colonia, unos calzoncillos, calcetines, dos camisas, el ordenador, y un par de libros, en la bolsa de equipaje, sin preguntarse siquiera por qué ésta, disponía de diferentes bolsillos.

Acto seguido descolgó el teléfono y llamó a su madre, quien vivía sola en la casa de "toda la vida", y que se negaba a abandonar bajo amenaza de desheredarlo. Su padre había muerto pocos años atrás a causa de su obstinado carácter y un cáncer de colon que sufrió en su silencio "extremeño". Cuando le ingresaron, la metástasis se había extendido a la mayoría de sus órganos vitales. Murió en tres meses, haciendo creer a la familia que era ajeno al mal que le aquejaba. Tal vez para evitarles el sufrimiento de saber que se moría. Pero quizás lo que más afectó a Gabriel, fue que abandonara este "perro" mundo con la pena tan grande de no poder besar el manto de su virgen de Nazareth, ni de volver a pisar la tierra de Garlitos, el pueblo donde de niño pastoreaba el ganado huyendo de los lobos que, en aquel tiempo, asolaban los campos de La Siberia extremeña.

Después de decirle a su madre que estaría un tiempo fuera por asuntos de trabajo, y tras confirmarle que disponía de pastillas del mareo, que tendría cuidado durante el viaje, que la llamaría cada noche, que no volvería tarde a

dormir, que comería bien y a sus horas, y de que llevaba consigo la rebequita por si a la tarde refrescaba, le mandó un beso y la dejó al otro lado del teléfono con una vaga sensación de despedida, de adiós.

Sacudió la cabeza tratando de ahuyentar ese pensamiento.

Sonó el timbre del interfono. Barceló reconoció la voz de Marisa. Se asomó al exterior del edificio, a través de las cortinas que cubrían las ventanas. A pesar de sus medidas precautorias, no llegó a tiempo de ver el flamante Audi All Road que acababa de desaparecer entre los *Plátanus Hispánica* de la Plaça dels Països Catalans.

-¡Adelante! -le dijo. Esperó unos instantes a que ella entrara en el interior del apartamento, para luego asomar la cabeza y mirar a ambos lados del pasillo, de forma nerviosa.

Marisa llegó con el pulso acelerado. Gabriel la había asustado de verdad. “¿Qué era eso de que se marchaba a los Estados Unidos? ¡No, ni siquiera sabía a dónde iba! ¿Y ese rollo de la confidencialidad?, de que corría peligro”...

Barceló resumió de nuevo el encuentro que acababa de mantener con el “trío calaveras”. Un resumen en el que invirtió casi el mismo tiempo que el que duraron los hechos. Marisa era una inquisidora implacable. No dejó de interrumpir y de pedirle explicaciones, y solo de vez en cuando soltó algún gesto de asombro o de incredulidad, para luego seguir con más explicaciones. Todo ello, manteniendo el brazo del doctor bien atornillado, y clavándole unas uñas que, a Gabriel, se le antojaron innecesariamente largas y afiladas. Finalmente, Barceló pudo acabar de contarle la odisea, tras lo cual, permaneció a la espera de su veredicto.

-¿Eso es todo? -se quejó esta, ligeramente decepcionada ante un final tan prematuro.

Barceló sopesó el hecho de si valía la pena seguir perdiendo más sangre por el antebrazo, y decidió que, tal vez, ya fuera suficiente.

-Sí, en esencia eso es todo. ¿Qué opinas?

-Opino que eres un temerario. ¿Cómo te has dejado embaucar por esos hombres? No eres más que un simple profesor; no eres un agente de la CIA, ni nada por el estilo. Déjame ver esa tarjeta que te han dado -ordenó Marisa. La examinó detenidamente. Tenía impresas en relieve dorado unas siglas con el nombre de la empresa: *Neu-Prot*, y debajo, el nombre de Robert Craig junto al cargo que ostentaba: *Chief Executive Operations*, seguido de un número de teléfono móvil. Aparentemente nada extraño.

Deslizó suavemente el dedo por la superficie de la tarjeta, pero no logró detectar nada anormal, salvo quizás, el excesivo e innecesario grosor de la misma.

-Por el momento me quedaré con ella -declaró Marisa.

Barceló quiso protestar.

-No creo que tengan ningún interés en que se la devuelvas. Buscaré toda la información que pueda acerca de esta organización y te mantendré informado. Por cierto, te sugiero que utilices mi teléfono, es *tribanda* y podrás llamarme desde donde quiera que te encuentres, sin necesidad de hipotecar la casa de tu madre. Te enviaré un SMS con mi nuevo número de móvil.

Barceló no hizo la menor objeción, en su lugar, la observó cariñosamente. Aquel sencillo gesto de Marisa le conmovió. Ella le entregaba su teléfono móvil, con todos sus contactos, sus mensajes, sus intimidades... le entregaba la cajita de bailarina que contenía sus más preciados secretos.

Marisa advirtió la reacción de Barceló. Le puso la mano en la mejilla.

-*Ronso, cuida't, ¡t'estimo molt!* Estaremos en contacto. No pienso dejarte solo en esto, ¿vale?

Barceló se sintió en paz consigo mismo. Las palabras de Marisa habían operado como un opiáceo en su sistema nervioso. Se acercó a ella con cautela. Todavía le sangraba el antebrazo y creía haber tenido suficiente con el episodio “Freddy Kruger” de hacía solo unos minutos. Ella se dejó hacer, sin que pareciera importunarle la suave y cálida presión ejercida sobre uno de sus senos.

En el interior del Audi All Road, se estaba manteniendo otro tipo de *menage*.

-Thristan, avisa a los del aeropuerto. Que esté todo preparado para salir a las siete en punto -Bob respiró reconfortado al comprobar que Barceló no se echaría atrás. El artilugio de la tarjeta había resultado ser de gran utilidad. Gracias al potente localizador insertado dentro de ella, con un radio de alcance de hasta diez kilómetros de distancia, habían logrado seguir a Barceló hasta su apartamento, así como estar al corriente de la conversación mantenida con Marisa.

-¡Ah!, y no te olvides de enviar a alguien a recuperar la tarjeta. No quiero que nadie pueda relacionarnos con todo esto.

A las seis de la tarde, recogieron puntualmente a Barceló en la dirección establecida por él, y que obviamente no correspondía a la suya. Todos supieron de la parodia, pero nadie dijo nada.

A las siete, el *Jet* privado de *NeuProt* se izaba por la pista del aeropuerto de Sabadell, con destino hacia algún punto de los Estados Unidos.

Cinco minutos más tarde, la policía recibía una petición de auxilio en la calle Mossèn Cinto Verdaguer 9-13, piso bajo 4ª, de Sant Vicenç dels Horts. Robo con violencia. La víctima: María Luisa Font i Camps.